

» comprende fácilmente; mas lo que no se comprende  
 » es que la crucifixión de todo un Dios sea obra de  
 » nuestras manos.

» Mientras vivimos, no sabemos lo que es el Cielo  
 » ni el Infierno; el Cielo, porque, si conociésemos su  
 » belleza, bien pronto quedaría el mundo desierto; el  
 » Infierno, porque, si conociésemos los tormentos que  
 » allí se pasan, haríamos todo lo posible para no caer  
 » en él.

» En el Cielo nos hará dichosos el aliento de Dios,  
 » y nos colocará, como un arquitecto que coloca las  
 » piedras de su edificio, en lugar conveniente á cada  
 » uno.

» El Cielo corre por el alma de los Santos, y en su  
 » corriente se bañan y aun se anegan. Así como los  
 » discípulos sobre el Tabor sólo veían á Jesús, del mis-  
 » mo modo las almas interiores no ven más que á Je-  
 » sús sobre el Tabor de sus corazones. Son dos amigos  
 » que jamás se cansan el uno del otro.

» Hay algunos que pierden la fe, y no ven el In-  
 » fierno hasta que entran en él. Los condenados serán  
 » envueltos en la cólera de Dios, como el pez en el  
 » agua.

» No es Dios quien nos condena, sino nosotros con  
 » nuestros pecados. Los condenados no acusan á Dios,  
 » sino á sí mismos. He aquí lo que dicen: «He perdido  
 » á Dios, el alma y el cielo por mi culpa.» Nadie se  
 » ha condenado jamás por haber hecho mucho mal,  
 » sino por no haberse arrepentido. Si un condenado  
 » pudiese decir una sola vez: «Dios mío, yo os amo,»  
 » ya no habría Infierno para él. Pero esa pobre alma  
 » ha perdido el poder de amar que había recibido, y  
 » del cual no ha sabido aprovecharse. Su corazón está

» seco como el racimo oprimido por la prensa. Ya no  
 » hay paz, ni felicidad para esa alma, porque no le es  
 » posible el amor.

» El Infierno tiene su origen en la bondad de Dios.  
 » Los condenados dirán: ¡Oh, si al menos Dios no nos  
 » hubiese amado con tanto amor, padeceríamos me-  
 » nos! ¡El Infierno sería tolerable! Mas haber sido tan  
 » amados de Dios, ¡qué dolor!»

Al lado de estos pensamientos profundos se oían  
 al venerable Párroco otros, sorprendentes por su  
 energía.

«Sobre la tierra sólo estamos de paso y por un li-  
 » gero momento. Parece que no caminamos; marcha-  
 » mos al vapor hacia las playas de la eternidad.

» Preguntábase á un moribundo: ¿Qué epitafio  
 » quieres poner sobre tu tumba?—Pondréis éste: *Aquí*  
 » *yace un insensato, que ha salido de este mundo sin sa-*  
 » *ber para qué ha venido á él.* Muchos hay, en verdad,  
 » que han salido de este mundo sin saber lo que han  
 » venido á hacer en él. No sigamos su ejemplo.

» Si los pobres condenados tuviesen el tiempo que  
 » nosotros perdemos, ¡oh qué bien se aprovecharían de  
 » él! Si dispusieran de media hora solamente, queda-  
 » ría el Infierno despoblado.

» Cuando morimos, hacemos una restitución, vol-  
 » vemos á la tierra lo que nos había dado, y nos con-  
 » vertimos en una pulgarada de polvo. ¿Podremos  
 » enorgullecernos?

» En este mundo es preciso trabajar, sufrir y com-  
 » batir. Para descansar nos queda toda la eternidad.

» Si comprendiésemos bien nuestra felicidad, nos  
 » tendríamos por más felices que los Santos en el Cie-  
 » lo. Ellos viven de sus rentas, no pueden allegar más

»ganancias; mientras que nosotros podemos á cada instante aumentar nuestro tesoro.

»Los Mandamientos de Dios son las instrucciones que nos da para seguir el camino del Cielo, y como los rótulos que se ponen á la entrada de las calles, indicando sus nombres. La gracia de Dios nos ayuda á caminar y nos sostiene, siendo tan necesaria como las muletas á los que no pueden andar sin ellas.

«Cuando vamos á confesar, es necesario saber lo que se va á hacer. Puede decirse que vamos á desclavar á Nuestro Señor. El que hace una buena confesión, encadena al demonio. Los pecados que ocultamos reaparecerán á la vista de todos. Para ocultarlos bien, es necesario confesarlos bien.

»Nuestras faltas son un grano de arena al lado de la gran montaña de las misericordias de Dios.»

Juan Bautista Vianney hacía uso frecuente en sus explicaciones de las comparaciones é imágenes tomadas de la Naturaleza, y es lo que más usaba; porque conocía la multitud á quien dirigía la palabra, acostumbrada á las escenas del campo y á las impresiones de la vida rural. Conservaba enteramente frescos los recuerdos de su infancia, y no podía reprimir la inocente alegría y las simpatías que en él despertaban los sucesos de su edad juvenil. A la manera de Nuestro Señor, tomaba los hechos más comunes y vulgares, y los accidentes que ocurrían á su vista, para imágenes de la vida espiritual; y hacía de ellos el tema de sus explicaciones, teniendo la costumbre de elevarse á Dios y á las cosas invisibles por medio de las cosas visibles. En ninguno de sus Catecismos dejaba de hablar varias veces de arroyos, bosques,

campiñas, árboles, aves, flores, rocío, bálsamo, azucenas, perfumes y miel. Todos los contemplativos han amado ese lenguaje, y la pureza de sus pensamientos les ha inclinado con predilección á las cosas más encantadoras y puras con que el Criador ha embellecido su obra. Los suavísimos escritos de San Francisco de Sales son un modelo de este género, tan amado por todos los místicos. No es de admirar ese gracioso lenguaje y ese gusto delicado en el Obispo de Ginebra; pero sí lo es en el Párroco de Ars. ¿Dónde había aprendido el pobre Párroco de aldea á formar tan delicados ramilletes de místicas flores? ¿Quién le había enseñado tan bellos primores, y á servirse de ellos con tacto tan delicado y con tan ingeniosa propiedad? Oigámosle:

«Como bella y blanca paloma que sale del agua y va á sacudir sus alas sobre la tierra, así el Espíritu Santo sale del océano infinito de las perfecciones divinas y va á batir sus alas sobre las almas puras, para rociarlas con el bálsamo del amor.

»El Espíritu Santo descansa sobre un alma pura, como en lecho de rosas. De un alma en quien reside el Espíritu Santo sale un olor delicioso, como el de la viña en flor.

»El que ha conservado la inocencia de su bautismo, es como un niño que jamás ha desobedecido á su padre.— Cuando se ha conservado la inocencia, se siente uno llevado hasta el Cielo por el amor, como el avecilla es llevada por sus alas.

»Un cristiano que conserva su pureza, está sobre la tierra como un ave atada con un hilo. ¡Pobre avecilla! Para volar, sólo espera el momento en que se corte el hilo,

»Los buenos cristianos son como esas aves que  
 »tienen alas grandes y patas cortas, que nunca se  
 »posan en tierra, porque no podrían ya volar y las  
 »cogerían. Por eso hacen sus nidos sobre la cima de  
 »las rocas, sobre el techo de las casas ó en los sitios  
 »altos. Así el cristiano debe siempre elevarse sobre  
 »las alturas; porque, desde el momento que rebaja-  
 »mos nuestro pensamiento hasta la tierra, somos co-  
 »gidos.

»El alma pura es como una bella perla. Mientras  
 »está oculta en su concha y en el fondo del mar,  
 »nadie se ocupa de su hermosura; mas si la mostráis  
 »á la luz del sol, brilla y atrae las miradas. Lo mis-  
 »mo sucede al alma pura que se oculta á los ojos del  
 »mundo; ella brillará á los ojos de los ángeles y con  
 »el sol de la eternidad.

»El alma pura es una bella rosa, y las Personas  
 »Divinas bajan del Cielo para aspirar su fragancia.

»La misericordia de Dios es como un torrente des-  
 »bordado, que arrastra los corazones á su paso.

»Dios perdona al pecador arrepentido, más pron-  
 »to que una madre saca á su hijo del fuego en que le  
 »ve caer.

»Figuraos una pobre madre obligada á descargar  
 »la cuchilla de la guillotina sobre la cabeza de su  
 »hijo. Eso es lo que sucede á Dios cuando condena al  
 »pecador.

»¡Qué felicidad tan inefable tendrán los justos  
 »cuando el alma, embalsamada con los perfumes del  
 »Cielo, venga á buscar su cuerpo para gozar de Dios  
 »por toda una eternidad! Nuestros cuerpos saldrán  
 »entonces de la tierra, como el lienzo que ha pasado  
 »por la colada... Los cuerpos de los justos brillarán

»en el Cielo como bellos diamantes, *como globos de*  
 »*amor.*

»Cuando el alma venga á unirse á su cuerpo glo-  
 »rificado, á ese cuerpo que no será ya para ella ins-  
 »trumento de pecado ni causa de sufrimiento, ¡cuál  
 »será su contento y alegría! Ella se envolverá en el  
 »bálsamo de amor, como la abeja se envuelve en el  
 »perfume de las flores. Tal es el alma embalsamada  
 »para la eternidad.»

Como se ve á primera vista, el Párroco de Ars  
 era poeta sin saberlo, poeta en la más alta y verda-  
 dera acepción de la palabra: es decir, que, dotado  
 en modo excelente de la facultad de sentir, su cora-  
 zón se abría para dar la nota correspondiente y el  
 acento verdadero, que es la más sencilla y mejor ma-  
 nera de ser poeta.

«Iba, nos decía, á visitar un enfermo cierto día de  
 »primavera, y las zarzas estaban llenas de avecillas  
 »que cantaban sin cesar. Yo me complacía en escu-  
 »charlas, y me decía: ¡Pobres avecillas! No sabéis lo  
 »que decís, y es sensible, pues cantáis las alabanzas  
 »de Dios.»

A veces amenizaba también los discursos con al-  
 gunas graciosas reminiscencias de los primeros años  
 de su vida de pastor.

«Deberíamos hacer lo que los pastores que están  
 »en el campo durante el invierno, pues la vida es, en  
 »verdad, un largo invierno. Ellos hacen fuego; mas  
 »de cuando en cuando salen á recoger leña donde  
 »pueden, para alimentarlo y sostenerlo. Si, como los  
 »pastores, supiésemos mantener siempre el fuego del  
 »amor de Dios en nuestro corazón con oraciones y  
 »buenas obras, nunca se apagaría.

»Cuando no tenéis amor de Dios, sois bien pobres:  
»sois como un árbol sin flores ni fruto. El alma, unida  
»á Dios, vive siempre en primavera.

»En una ocasión pasó cerca de nosotros un lobo  
»rabioso, que devoraba cuanto veía. Halló en el ca-  
»mino un niño de dos años, le cogió entre sus dientes,  
»y lo llevó; pero salieron á su encuentro unos hom-  
»bres que estaban podando las viñas, corrieron tras  
»él, y le arrancaron su presa. Del mismo modo el sa-  
»cramento de la Penitencia nos arranca de las garras  
»del demonio.

»Nada encuentro más digno de lástima que esas  
»pobres gentes del mundo. Llevan sobre sus hombros  
»un gran manto de espinas, que no les permite dar  
»paso sin punzarse; mientras que los buenos cristia-  
»nos van siempre cubiertos con un manto suave y de  
»gran abrigo.

»Cuando nos abandonamos á las pasiones, mete-  
»mos el corazón en un matorral de espinas.

»Somos como topos de ocho días: apenas vemos la  
»luz, cuando nos hundimos en la tierra.

»Cuando el hombre muere, se halla de ordinario  
»como un pedazo de hierro cubierto de orín, que ne-  
»cesita pasar por el fuego para limpiarse.

»Los pobres pecadores están adormecidos, como  
»las culebras en el invierno.

»¿Qué diríais de un hombre que trabajase el cam-  
»po de su vecino, y dejase el suyo sin cultivo? Eso es  
»precisamente lo que hacéis, cuando os ocupáis de  
»las faltas de vuestro prójimo y os olvidáis de las que  
»que gravan vuestra conciencia. ¡Oh cuán grande  
»será nuestro dolor, á la hora de la muerte, por ha-  
»ber pensado tanto en los demás y tan poco en nos-

»otros! En el tribunal de Dios no daremos cuenta de  
»los otros, sino de nosotros. Pensemos en nosotros mis-  
»mos y en nuestra conciencia, á la cual debiéramos  
»mirar siempre, como miramos nuestras manos para  
»ver si están limpias.

»Siempre tenemos á nuestro lado dos secretarios:  
»el demonio, que escribe nuestras malas acciones  
»para acusarnos, y nuestro ángel custodio, que escri-  
»be las buenas para defendernos en el día del Juicio.  
»Cuando se presenten al Tribunal de Dios todas nues-  
»tras acciones, ¡cuán poco agradecerán al Señor, aun  
»las mejores! En éstas, ¡cuántas imperfecciones, pen-  
»samientos de amor propio, satisfacciones humanas,  
»placeres sensuales y miras egoístas! Son buenas á  
»primera vista, pero no tienen más que la apariencia,  
»como los frutos que parecen maduros porque los ha  
»dañado un gusano.»

Por los anteriores fragmentos se ve que el señor Vianney era de la escuela de San Francisco de Asís, del Bienaventurado Suso, y de todos aquellos ama- bles contemplativos que no se desdñaban de hermo- sear con las gracias del lenguaje la austeridad de sus ideas; ya fuese por una condescendencia misericor- diosa para con sus discípulos, ó por un atractivo mis- terioso que les inclina á todo lo que es bello. El Cris- tianismo, tantas veces acusado de pisotear la Natura- leza, es el único que ha enseñado al hombre á amar- la y respetarla verdaderamente, revelando el plan divino que la sostiene, la ilumina y santifica. Desde este punto de vista consideraba la Creación el santo Párroco, y recorría todos sus grados para adorar en ellos las huellas de Dios. En toda criatura bella, hasta en la más pequeña, hallaba al que es soberanamente

hermoso; y vuelto en cierta manera á la inocencia primitiva y á la condición del Edén, como cuando Adán veía las criaturas á la claridad de la luz divina, se hallaba en paz con todas las cosas, y las amaba cariñosamente, y su corazón se apasionaba con santo amor, no sólo por los hombres, sino por todos los seres visibles é invisibles. Sus palabras manifestaban afectuosa simpatía á la Creación, que le parecía hermana, ya que con distintas formas revelaba sus mismos pensamientos y cantaba el mismo amor. De ahí sus apóstrofes á las avecillas.

Allí, donde otros ojos no veían más que bellezas perecederas, él descubría las santas armonías y las relaciones eternas que unen el orden físico con el moral, los misterios de la Naturaleza con los de la gracia. Lo mismo descubría en el campo de la historia: los siglos, los sucesos y los hombres no eran para él más que símbolos y alegorías, profecías y su cumplimiento; voces que se preguntan y se responden, figuras que mutuamente se repiten.

Naáa conozco más bello, tierno y patético que la aplicación hecha por el Párroco de Ars de la leyenda de San Alejo, á la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de su amor. En el momento que la madre de San Alejo reconoció á su hijo en el cuerpo inanimado del mendigo (que había vivido treinta años bajo la escalera de su palacio), exclamó: «¡Oh, hijo mío, qué tarde te he conocido!» El alma, al salir de esta vida, verá por fin á Aquel que poseía en la Eucaristía; y á la vista de los consuelos, de las bellezas y de las riquezas que ha desconocido, exclamará también: «¡Oh, Jesús! ¡Oh, Dios mío! ¿Será posible que os haya conocido tan tarde?»

No nos hemos propuesto hacer un estudio sobre la doctrina del Párroco de Ars. Verdad es que hay en ella una especie de encadenamiento que ligaba unas partes á otras, aparte de las inspiraciones súbitas y rayos de luz que iluminaban á todo el auditorio; pero en general, sus Catecismos desafiaban el análisis, y temeríamos desfigurarlos, dándoles la unidad de un sistema teológico.

El espíritu de Dios se había dignado grabar en el corazón de ese santo sacerdote todo aquello que debía saber y enseñar á los demás; y lo había grabado tanto más profundamente, cuanto más puro era su corazón, más libre, más sencillo y más vacío de la ciencia de los hombres; era como un mármol bien bruñido, que sólo espera la mano y el buril del artista.

La fe del Párroco de Ars era toda su conciencia; su libro era Nuestro Señor Jesucristo, y no buscaba la sabiduría en otra parte que en su muerte y en su cruz. Para él no había más sabiduría verdadera y útil que esa. No aprendió su ciencia entre el polvo de las bibliotecas, ni en las aulas de los sabios, sino al pie del Tabernáculo y en el aula de la oración, arrodillado á los pies del Divino Maestro, que cubría de lágrimas y besos. Esa es la escuela donde pasaba los días y las noches, antes que la multitud de gentes que venían en peregrinación á Ars le hubiesen quitado la libertad de disponer de su tiempo; y en esa escuela aprendió toda su ciencia.